



EL BARCO
DE VAPOR

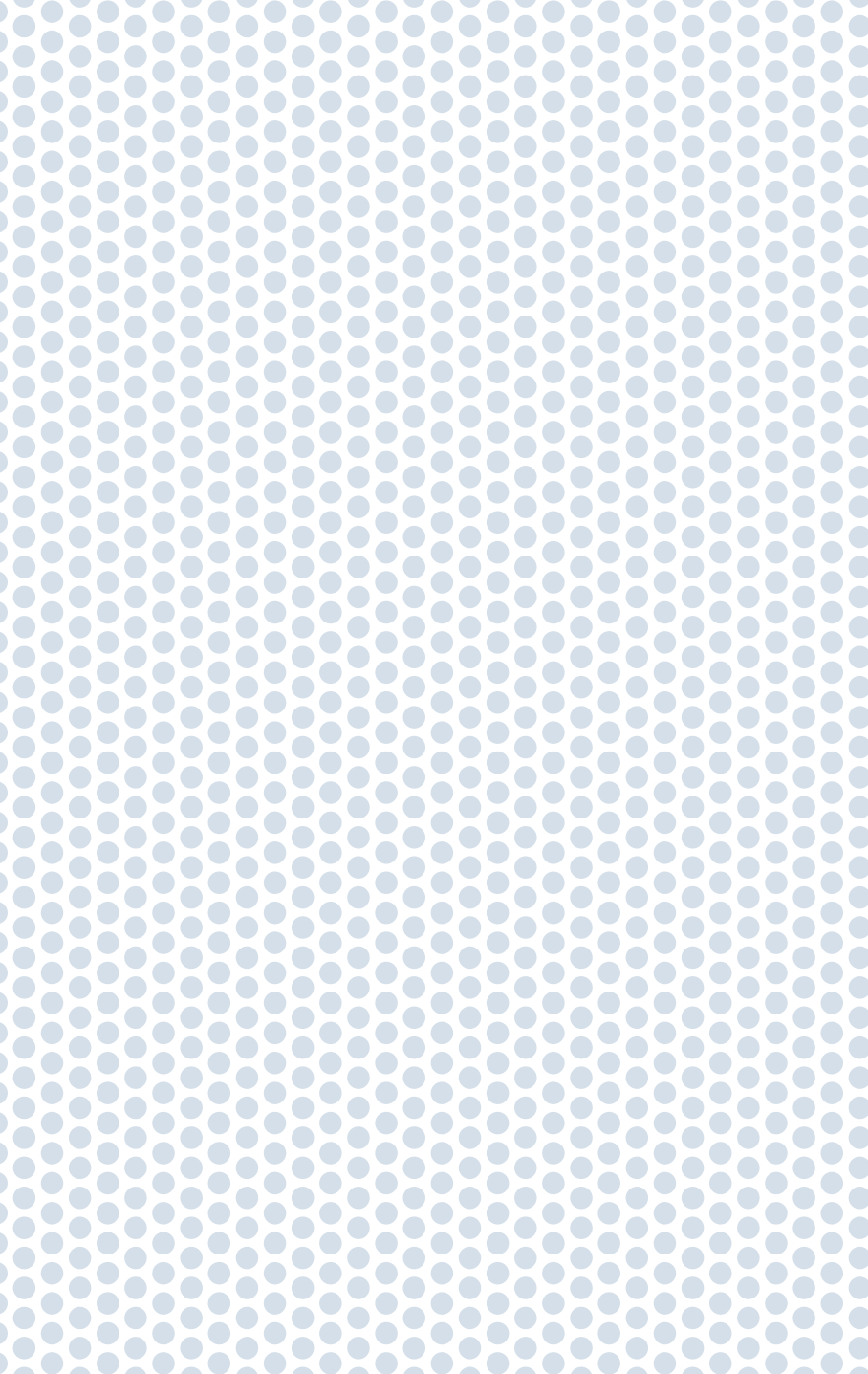
El brujo del viento

Paloma Sánchez Ibarzábal

Ilustraciones
de Carlos Muñoz



sm





EL BARCO
DE VAPOR

El brujo del viento

Paloma Sánchez Ibarzábal

Ilustraciones de Carlos Muñoz



Primera edición: junio de 2005
Décima edición: febrero de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces y Marta Mesa

© del texto: Paloma Sánchez Ibarzábal, 2017
© de las ilustraciones: Carlos Muñoz, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9167-5
Depósito legal: M-33572-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Carlos, y a mis hijos
Raúl y Carlitos.*

● 1

TODO CAMBIÓ con la llegada del Indio. Fu Manchú, el pastelero, tenía razón: pronto íbamos a conocer a alguien que cambiaría nuestra suerte.

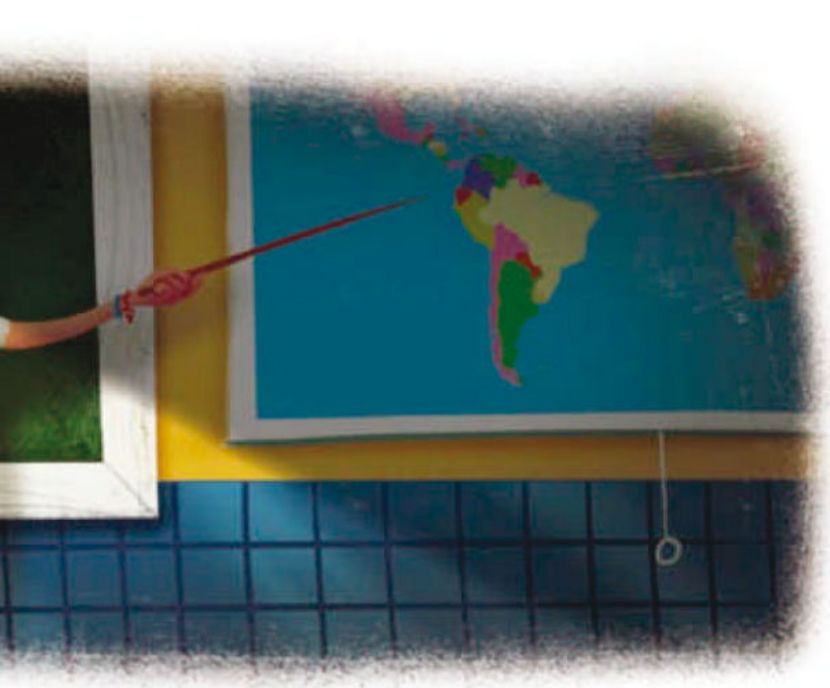
Ninguno imaginó todo lo que ocurriría a partir de entonces, pero así fue. Y es que el Indio –eso lo supimos semanas más tarde– descendía de un abuelo curandero que tenía ciertos poderes y también algo de brujo. Pero no todo lo que nos pasó estuvo relacionado con la magia o con los poderes: ocurrieron muchas cosas en aquel año que nada tuvieron que ver con eso. O al menos eso es lo que nos decía el Indio. Sucedieron, decía él, porque necesitábamos que ocurrieran o porque lo deseábamos de corazón.

El Indio llegó un día de febrero, con el curso a medias. Entró en el aula escondido tras la maestra, la señora Rocitis. Al principio no nos dimos cuenta de que estaba allí, pero luego la Rocitis dijo:



–Os presento a José, vuestro nuevo compañero. José viene desde muy lejos, desde el otro lado del mundo. Viene de un país que se llama Ecuador. Espero que pronto seáis amigos.

Entonces, de detrás de la maestra apareció el Indio: una cabeza de pelo muy negro y tieso, una cara sonriente, un diente roto, unos ojos muy negros con forma de almendra, parecidos a los de los chinos, pero muy grandes. Era el Indio. Era pequeño, más bajito que Quique, el más bajito de la clase, y delgaducho, tan delgaducho que toda la ropa le quedaba grande. La Rocitis lo sentó a mi lado, y le puso a José unas cuentas. Pero él debió de tener mal



casi todas, porque la maestra arrugó la frente cuando se las corrigió, aunque no le dijo nada, ni le regañó ni le puso mala nota. Luego hicimos todos un dictado. El Indio escribía tan despacio que no era capaz de escribirlo todo. Sin embargo, me fijé en que tenía una letra muy bonita: parecía que estaba pintando un cuadro o bordando una tela, del esmero y cuidado que ponía. Entonces pensé que el Indio escribía igual que mi abuela, sin prisas y con una letra casi perfecta, como las letras antiguas.

Las Repelentes se rieron del Indio. Las Repelentes son Raquel y Margarita, y las llamamos así porque siempre lo saben todo cuando pregunta la

profesora. Pero lo peor es que se ríen de los defectos de otros o cuando los demás no sabemos contestar alguna pregunta. Así que, más o menos, se han reído de todos los de la clase en algún momento. Por eso las llamamos Repelentes, ¡porque de verdad lo son!

La profesora Rocitis llamó al Indio a la pizarra. Desenrolló un mapa del mundo y le dijo:

–Enséñanos, José, dónde está tu país.

Entonces el Indio se hizo un lío descomunal y empezó a buscar por todos los países de colores para ver en cuál de ellos ponía Ecuador. Y es que todos sabemos bien dónde vivimos, pero no es lo mismo señalarlo en un papel que ¡vete tú a saber dónde lo han pintado! Al final, el Indio encontró Ecuador y tuvo que ponerse de puntillas para señalarlo. Las Repelentes se rieron de nuevo y entonces yo no tuve más remedio que tirarles una bola de papel, que se metió por la camiseta de Margarita. ¡Ahora éramos los demás los que nos reíamos de ellas mientras Margarita se retorció intentando sacarse la bola de la espalda!

Sonó la campana anunciando el recreo y salimos todos corriendo al patio. La hora del recreo era sagrada y no le concedíamos a la Rocitis ni un minuto más. Mientras yo sacaba mi merienda de la mochila, me fijé en él. El Indio se quedó pasmado mientras todos abandonaban la clase tan

deprisa. Yo creo que se debió de pensar que había un incendio o algo así, por lo mucho que corríamos. Se quedó quieto, junto a la pizarra, sin saber qué hacer, hasta que oí que la maestra le decía:

–Hora del recreo, José. Anda, ve a jugar con todos.

El Indio se sentó en un banco del patio. Nosotros, los de cuarto curso, siempre jugamos un partido de fútbol contra los de quinto. ¡Y casi siempre perdemos! Para colmo, aquel día nuestro mejor fichaje, Inés la Ciempiés, estaba mala de la garganta. Inés la Ciempiés es la niña del colegio que mejor juega al fútbol. La llamamos «la Ciempiés» porque cuando chuta es como si diera al balón con la fuerza de cien pies. Casi nunca falla los goles... ¡si logra llegar a la portería, claro está! Solo tiene dos defectos que a los del equipo nos molestan enormemente: uno es que le cuesta mucho llegar hasta la portería del contrario, porque los de quinto son más corpulentos que nosotros, además de más brutos, más chulos y más tramposos. Y otro defecto de Inés es que casi siempre está mala de la garganta, y cuando está mala de la garganta su madre le prohíbe terminantemente jugar al fútbol, por eso de que si suda se pondrá peor y esas manías que tienen las madres en cuanto nos duele un poco la garganta. Por eso, aquel día Inés la Ciempiés no podía jugar y nos faltaba un jugador, ya que nues-

tros dos suplentes estaban con gripe. ¡Mala suerte! Todos miramos al banco donde se sentaba José. Tropa le gritó:

–¡Eh, tú, Indio! ¿Sabes jugar al fútbol?

Fue la primera vez que alguien llamaba «Indio» al Indio. Y es que el Indio parecía de verdad un indio, y además había que llamarle de alguna otra forma que no fuera José, porque José ya había uno –José Carrasco– y no era plan de tener dos Josées jugando en el mismo equipo. «Indio» era un buen nombre y así se solucionaba el problema. Además, casi todos los de la clase teníamos un mote. Un mote te da cierta dignidad porque te diferencia de todos los demás y resalta una cualidad de tu persona, ¡siempre y cuando a ti te guste, claro está!, porque algunos niños ponen motes a mala idea, para reírse de uno, y eso no le gusta a nadie. Ahora no voy a contar los motes que tienen mis mejores amigos, ni siquiera diré todavía cómo me llaman a mí. Eso lo haré más adelante, cuando termine de contar lo que pasó ese día con el Indio.

El caso es que el Indio no se enfadó porque le llamáramos así, porque no se lo dijimos por fastidiar sino por distinguirlo del otro José. Dijo que sí con la cabeza –que sí sabía jugar al fútbol–, se levantó del banco y avanzó hasta nosotros. No esperábamos gran cosa de él, con lo pequeñajo y delga-

ducho que era, pero no teníamos más remedio que aguantarnos con lo que hiciera.

–Tienes que meter el balón en aquella portería –le indicó Trepá con desconfianza–. Fíjate bien en nuestras caras, que somos los de tu equipo, no vayas a confundirte y le pases el balón a alguno del equipo contrario. ¿Te acordarás?

El Indio dijo con la cabeza a todo que sí y, cuando Trepá acabó con las explicaciones, empezamos a jugar.

Se hicieron con el balón los de quinto, como casi siempre, y avanzaron hasta nuestra portería sin ningún impedimento. Casi se diría que jugaban solos, de lo mal que defendíamos. Allí chutaron, y a Paradas, que era nuestro portero, le metieron el primer gol. ¡Así, nada más empezar, en el primer minuto de partido! Paradas se encogió de hombros, como pidiéndonos disculpas. La verdad es que todos éramos bastante malos jugadores, por eso no le reprochamos nada.

–¡Paradas, deberías llamarte «Coladas»! ¡Se te cuelan todas! –se rieron los de quinto.

Después del gol, nos hicimos nosotros con el balón y un niño al que llamábamos Tortuga intentó avanzar hasta el campo contrario. Pero tres enormes chicos de quinto se le plantaron delante, le acorralaron, le quitaron el balón y retrocedieron

hasta nuestro campo otra vez. ¡Era desesperante!
¡Nos iban a meter otro gol!

Pero entonces ocurrió algo inesperado, algo que solo ocurre una vez en la vida, si es que te llega a ocurrir. ¡Y es que de repente tu suerte cambie!

El Indio, al que apenas se veía entre los jugadores de lo bajito que era, se coló entre las piernas de un chico de quinto que se llamaba Fulminátor –imaginaos por qué– ¡y le quitó el balón sin que Fulminátor se diera casi cuenta! Como un rayo salió el Indio corriendo hacia la portería contraria perseguido por Fulminátor, que por unos instantes se había quedado parado sin saber qué hacer, pues no se esperaba que alguien le pudiera quitar a él el balón.

Todos los demás, cuando nos dimos cuenta de que el Indio estaba en posesión del balón y avanzaba como un rayo, salimos corriendo detrás de él para defenderle. Pero no podíamos alcanzarle. Nadie podía alcanzarle. Corría como un viento huracanado, y cuando los de quinto intentaban cortarle el paso, ¡el Indio se colaba entre sus piernas! Parecía flotar entre todos ellos, haciendo zigzag con la pelota, como si sus pies tuvieran un imán y el balón no pudiera separarse de ellos. Retrocedía. Avanzaba. ¡Y nadie conseguía quitarle el balón ni cortarle el paso! ¡Era imparable!

El Indio llegó hasta la portería. Los de cuarto contuvimos el aliento. Bueno, más bien dejamos de respirar completamente. Zigzagueó con el balón frente al portero. El portero era Terminéitor, un chico enorme de al menos sesenta kilos de peso. Se rio del Indio:

—¡Eh, tú, canijo! ¿Qué te crees que vienes a hacer aquí?

Entonces el Indio chutó. Chutó casi como si tuviera dinamita en los pies y le acabara de estallar. Chutó casi con la misma fuerza con la que chutaba Inés la Ciempiés, con la diferencia de que el Indio abultaba la mitad que ella. ¡Fue increíble! Ni Terminéitor, que ocupaba con su enorme cuerpo más de media portería, fue capaz de parar ese gol.

—¡GOOOOOOOOOL! ¡GOL! ¡GOL! ¡GOL!
¡GOL! ¡GOL!

Corrimos a abrazar al Indio y lo alzamos entre todos. ¡Qué poco pesaba!

Por supuesto, ganamos el partido 2-1, y los de quinto se fueron rabiando por primera vez en su vida, mirando al Indio de reojo, preguntándose quién sería ese niño nuevo y sin explicarse aún qué era lo que había pasado. Se iban echando las culpas unos a otros, como los malos perdedores y los malos compañeros. Desde aquel día, el Indio fue nuestro mejor fichaje junto con Inés la Ciempiés.

—¡Eh, Indio! ¿A qué te dedicabas tú en Ecuador?
¿A jugar al fútbol todo el día?

Esto se lo pregunté cuando subimos a clase, mientras sacábamos los cuadernos de matemáticas. Pero el Indio no dijo nada. Solo sonrió con su gran sonrisa y, al hacerlo, me enseñó su diente roto.

TREPA



ZAMPA



INÉS



CAMALEÓN



ROLLO(YO)

